

Comentario al evangelio del viernes, 20 de agosto de 2010

Queridos amigos:

¡Qué respuesta la de Jesús! Nos deja desarmados. Podía haber contestado: “en lugar de uno, te voy a indicar un pequeño puñado de mandamientos importantes: no caminar más de trescientos metros en sábado, dar el diezmo de tu cosecha, no probar carne de cerdo, rezar tres veces al día el shema”. ¡Qué tranquilos nos habríamos quedado! Porque esto se puede medir, pesar, calcular. Son diligencias que podemos despachar correctamente, para, al final, decir: “hemos cumplido”.

Pero eso de amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas... Eso es ya otro cantar. Y lo mismo cabe decir de amar al prójimo como a uno mismo. ¿Cómo mido yo esto? ¿Cómo lo calculo? Me temo que siempre me quedaré rezagado, que una herida de incertidumbre me destilará su dolor, que me podrá el sentimiento de impotencia, o el de cansancio.

Pero también me tengo que rendir ante la evidencia: sólo ese espíritu puede poner buena música a las menudas letras de las prácticas de cada día; sólo esa mística puede redimirlas de su pequeñez e insignificancia; sólo de esa altura (o de esa profundidad) puede brotar la verdadera alegría, como los torrentes que manan de las montañas o las fuentes que surgen de las entrañas de la tierra; sólo ese camino es a la vez meta; sólo así damos nuestra medida sin medida; sólo así puede haber una historia interminable, siempre antigua y siempre nueva.

El apóstol nos recordará: “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,5). ¿Qué hacemos con ese don del amor teologal? Y en la carta de Juan se nos indica: “quien dice que ama a Dios y no ama a su hermano, es un mentiroso” (1 Jn 4,20-21). ¿Qué decimos y qué hacemos?

Un cordial saludo

Pablo Largo